



C.9

Misceláneas orientales

Los patrimonios lúdicos, artísticos, urbanísticos, patrióticos. La construcción de un acervo hecho de insignias y evocaciones.

Los rastros de una cruel sequía a principios del siglo xx, las señales de una capital en crecimiento (el delicado retrato de las azoteas o de las plazas dormidas, un repertorio de juegos y entretenimientos), el paso del andaluz García Lorca por Montevideo, una pequeña vitrina sobre el sentido del humor, apuntes sobre el asado, Artigas o el gaucho, son las claves de este repertorio que habla de herencias y de una memoria fulgorosa que nos dice cómo fuimos (y que acaso sugiere un modo de entender lo que somos).

◀ Portada del Almanaque del Banco de Seguros del Estado del año 1964.

LA SEQUÍA DE 1916

1916 se caracterizó por la crisis invernal provocada por la sequía en todo el país. Ganaderos, agricultores, comerciantes y todos aquellos que directa o indirectamente tienen intereses en la producción agropecuaria de la República sufrieron grandes perjuicios por la prolongada carencia de lluvias.

Y así tenía que ser forzosamente: el sistema pastoril basado en la sola vegetación natural de los campos, la falta absoluta de almacén de forrajes, la confianza extrema en la bondad del clima produjeron un déficit de muchos millones en la producción rural.

Ya que no es posible pensar en las praderas artificiales para pastoreo y corte como sistema predominante, puesto que eso es para nuestro país un problema aún por resolver, por lo menos, y ateniéndonos a los hechos probados, pensemos y pongamos en práctica para el futuro un cultivo tan fácil como salvador: nos referimos a la avena, único forraje que puede resolver hoy el problema de la seca.

Los agricultores cuyos bueyes, únicos elementos de trabajo con que cuentan, han estado a punto de perecer de hambre todos, y muchos han muerto, deberán en lo sucesivo dedicar parte del terreno que hasta ahora dedicaban al pastoreo primitivo al cultivo de avena. Con la avena, en la tercera parte del terreno antes dedicado al pastoreo pueden mantener los mismos animales con la ventaja de no restar al cultivo de trigo y maíz tanto terreno, pues grava en mucho la producción cereal.

Los lecheros tienen en la avena pastoreo, heno y grano excelentes, con los

que salvarán sus animales de las crisis de campo.

Los ganaderos que pueden hacer cultivos más extensos tendrán en la avena un forraje que da óptimos resultados para cría y engorde.

En la avena se puede: primero, pastorear racionalmente con grandes resultados; segundo, a su debido tiempo, suspender el pastoreo, dejar evolucionar el cultivo hasta la completa sazón del grano, y luego, en ese estado, segarla, y como en esa operación, si está bien maduro el grano, cae mucho a la tierra, concluida la siega se dará al rastrojo una labor superficial o simplemente un rastro con rastra de disco. Se obtiene así la maravillosa simultaneidad de media cosecha en grano después de un provechoso pastoreo y una segunda siembra para esperar la crisis invernal que tanto azota a nuestra campaña.

Tanto vale la avena en esos momentos, que en 1916 se dio el caso de que al señor Ricardo Martínez, de Sarandí Grande —por no citar otros ejemplos—, se le pagaron \$ 3.000 por 100 ha de avena para pastorear en ella 90 días un ganado.

La cruel enseñanza de 1916 nos impone, pues, el cultivo de la avena hasta tanto no se resuelva más ampliamente el problema forrajero en el Uruguay.

● Extracto de un artículo publicado en *Almanaque del labrador*, 1917, pp. 255-257.

Costumbres de mal maestro sacan hijo siniestro

PARA NIÑOS DE 10 A 80 AÑOS



Los palitos. Juego que recobra su boga. Tómense 50 cerillas de madera (inglesas o suecas); bañar 10 de ellas en tinta negra, otras 10 en tinta encarnada y dejar las otras 30 al natural. Revuélvanse todas sobre una mesa. Pueden jugar dos, tres o cuatro personas; el juego consiste en sacar una cerilla sin mover las demás. Cada jugador va provisto de un gancho o aguja de hacer punto y con él saca un palito, lo aparta y prueba sacar otro. Por consiguiente, lo mismo puede sacar tres o cuatro, como no sacar ninguno.

Cuando se han sacado todas las cerillas, los jugadores cuentan las que tienen; valen dos las negras, tres las encarnadas y cuatro las demás. El que ha hecho más número de tantos gana la partida y la apuesta que se haya fijado antes de empezar.

Antiguamente se jugaba con palitos de hueso o de marfil.



El garbanzo saltarín. Sabido es que se pueden hacer bailar en un bote de agua una bola o un huevo vacío y hasta un muñeco, pero puede hacerse un experimento análogo en seco.

En un tubo de pipa de fumar, algo largo y bien recto, se coloca un garbanzo o un guisante en el orificio superior; se mantiene el tubo verticalmente y se sopla por el orificio interior; el garbanzo se elevará gradualmente y descenderá deprisa o poco a poco, según la fuerza del sople.

Este ejercicio tiene una variante. Se ponen en cruz dos alfileres juntos a través del garbanzo, se envuelven las puntas con un poco de cera para evitar un accidente, se hunde una de las puntas en el tubo de la pipa; luego se sopla despacio y a intervalos por el otro extremo teniendo vertical el tubo, y el garbanzo bailará completamente en la extremidad del tubo. También puede ponerse en la aguja un muñeco de corcho.

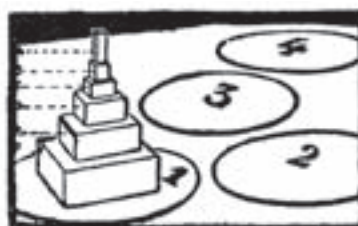
BREVES + BREVES

INESPERADO. —Soy el afinador de pianos señora, he venido a revisar el suyo.

—Pero no lo he llamado a usted.

—No señora, pero sus vecinos me llamaron.

El criar arruga y el parir alucia (mejora)



La gallina ciega sentados. Tiene la ventaja de poder jugarse dentro de una habitación, sin que el *ciego* pueda lastimarse; se recomienda para retener a los niños en casa.

Estos tienen que sentarse en círculo, si son muchos; o en semicírculo, de espaldas a la pared, si son pocos. Cuando uno de ellos tiene los ojos vendados, los demás cambian de sitio para despistarlo, pero sin hablar.

Puesto en medio del círculo, cuando todos están en sus puestos, va a sentarse en las rodillas de uno cualquiera del corro. Le está prohibido poner la mano encima, pero puede con sus observaciones, preguntas y gestos hacer que los del corro se rían y se descubran. Una vez que ha descubierto la identidad, el *ciego* dice: «Estoy bien sentado aquí»; «¿Quién es?», le pregunta otro de los jugadores; «Fulano», contesta.

Si acertó, el descubierto pasará a hacer de gallina ciega; si no, sigue el mismo juego.

El traslado de la torre. Construir una torre poniendo encima unas de otras seis piezas cualesquiera, pero que ofrezcan la particularidad de tener distintas dimensiones; la más grande abajo y la más pequeña encima de todas. Se pueden emplear seis pedazos de plomo o seis cajas de cartón, o bien seis cubos de madera. Situar la torre en un círculo trazado en un papel, o en la arena, y dibujar al lado otras dos circunferencias.

Hay que resolver el siguiente problema: Hacer pasar la torre 1 a la circunferencia 2, poniendo las piezas de una en una en la otra circunferencia, sin poner nunca una pieza grande sobre otra más pequeña.

Solución. Dibujemos las piezas por las letras a, b, c, d, e, f, y numeremos las circunferencias 1, 2, 3 y 4. Habrá que poner a en 2, b en 3, c en 4, b en 4, a en 4, d en 2, e en 3, d en 3, f en 2, d en 1, e en 2, d en 2, a en 1, b en 3, c en 2, b en 2 y a en 2.

● Publicado en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, 1938, pp. 232-233.

BREVES + BREVES

NO ES CONSUELO. «Son solo los seres humanos —escribe un pensador— los que se preocupan por el porvenir.» Así se explica que a veces uno quisiera ser un animal.

A mal Cristo mucha sangre

¡ORIENTAL!

LA PATRIA

NECESITA
OFICIALES
DE RESERVA
INSCRÍBASE!

C.G.I.O.R.



DANTE 2020
MONTEVIDEO

TODO CIUDADANO ORIENTAL DEBE
APRENDER A DEFENDER SU PATRIA

CENTRO GENERAL DE INSTRUCCION PARA OFICIALES DE RESERVA

● Publicado en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, 1951, p. 38.

La cruz en los pechos y el diablo en los hechos

DEL MONTEVIDEO ANTIGUO

Para dar una idea de las costumbres y aun del espíritu medio de una época, es interesante recurrir a la propaganda impresa que la caracterizó. Así, hurgando en el *Almanaque de El Siglo* para el año 1873, nos hemos encontrado con estos avisos tan particulares del Montevideo de fin siglo.

¡Novedad! A las niñas amantes de la moda. Corred a la *Tienda de Armida*, 133-Calle Juncal. Se siguen recibiendo las hermosas cuentas del Japón, propias para pulseras y collares, gustos de los más extraños y nunca vistos hasta ahora en esta ciudad, única casa que por tres años puede tener de dichas cuentas.

Por un doblón se viste Ud. en la sastretería y ropería. 180-Calle de los Andes. Trajes hechos para hombre, de \$ 10 a 35. Para niño, de \$ 5 a 12.

Joaquín Beraza. Cirujano dentista. Calle del Rincón 172. Depósito permanente de sanguijuelas de la mejor calidad.

José Masriera. Médico cirujano. Domiciliado en Montevideo, calle 18 de Julio en los altos de la botica del *Indio*. Ofrece sus servicios profesionales, sobre todo en el ramo de operaciones y embalsamamiento de cadáveres, para lo cual posee los instrumentos más útiles hasta el día conocidos.

Peluquería Oriental. 324-Calle del 25 de Mayo. En esta casa hay todas clases de perfumerías de los mejores perfumistas de París, a saber: Guerlain, Lubin, Coudray, Pinaud, etc. Se encargan de todas clases de postizos, trenzas, añadidos, pelucas

de hombre y señora; todo a precios equitativos. Especialidad en pelucas de teatro y trabajos de todo género. Esta casa tiene una sucursal en Santa Lucía: las personas que van a tomar los baños podrán visitarla y encontrarán los mismos artículos que en Montevideo.

Exposición Universal. Gran bazar y remate, bajo el arco del mercado viejo. Montevideo. Francisco Piria y Cía. ¿Hay casa que venda tan barato? No. ¿Hay casa que posea un surtido tan variado? No. ¿Hay casa que venda tanto? No.

Peines, pañuelos de todas clases, cigarros, tacabo, losa, cristales, pianos, rasos, sedas finas, extractos, aceites finos, álbumes, en fin, hay de todo. Acuda Ud. y verá lo que nunca ha visto en Montevideo.

El doctor Krebs tiene su consultorio médico abierto todos los días, desde las 12 a la 1 de la tarde. Calle Convención 126. Además él ofrece a sus enfermos un excelente (sic) *café y chocolate homeopático*, que se encuentra en venta en su casa.

Barraca Central de carros elásticos para mudanzas, de Juan *Mussa*. Calle Guarani 28. Se hacen mudanzas para ciudad y campaña, manejadas por el mismo dueño de los carros.

Relojería del Puerto. 39-Calle Pérez Castellanos. Estación del Trem Vía del Este. Se cambian relojes usados y quebrados por nuevos a precios acomodados. Especialidad en compostura de cajas de música.

El doctor Krebs tiene el gusto de participar al honorable público, en parte nuevo, que ha encontrado a su regreso en esta capital, después de seis años de ausencia, que ya envejecido en la práctica de la medicina alópata, tuvo la suerte de conocer la eficacia *superior* del método homeopático para la cura de todas las enfermedades. El Dr. Krebs se permite llamar la atención del público acerca de la opinión vulgar que, juzgando fácil y sin peligro la aplicación de la homeopatía porque no envenena a nadie, cree que todo el mundo puede administrarla, sin reflexionar que

ese método curativo requiere, como la alopátia, estudios previos del cuerpo humano y de las afecciones que lo aquejan, con conocimientos especiales y científicos que permiten al médico conocer el origen de las enfermedades, sus diferentes grados y períodos que transcurren, luego si es leve o grave, sin cuya condición el practicante puede cometer errores fatales, tomando por ejemplo un ataque de Crup o de pulmonía por un simple resfriado, una difteritis por una angina sencilla, etc., dejando pasar así el tiempo precioso en que un médico inteligente habría podido cortar el mal en su principio, sin exponer el enfermo a verse reducido a última extremidad, y en el caso de llamar un facultativo a última hora, cuando la cura se ha hecho ya difícil, sino imposible.

Herraduras de nueva invención, privilegiadas por el superior gobierno. Sistema Oriental, inventado por Bertrand Duprat, herrador albéitar. 90-Calle de la Florida. Se aprende a herrar a la primera lección, de tres modos diferentes, con instrumentos insignificantes que se llevarán en el bolsillo. Se enseña gratuitamente a todas las personas que vengan a herrar sus caballos al taller-modelo. Hay herraduras especiales para las carreras. Herraduras también especiales para los particulares. Herraduras ordinarias para los caballos empleados en los *tran-ways* y hechas a máquina de nueva invención. Se herra al bagual potro, sin lastimarlo, en 20 minutos con la máquina de nueva invención.

● Publicado en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, 1955, pp. 183-184.

BREVES + BREVES



PRÁCTICO ENHEBRADOR DE AGUJAS.

Se puede facilitar notablemente la tarea de enhebrar una aguja con ayuda de una tarjeta de visita o trozo de papel fuerte. Se dobla la tarjeta por la mitad, se hace pasar la aguja exactamente por el doblez, de manera que quede en la posición que indica nuestro grabado, teniendo cuidado de que el ojo de la aguja quede perpendicular al doblez. En esta posición es cosa sencillísima hacer deslizar el hilo por la ranura del doblez, que lo guiará directamente a través del ojo a la aguja.

PEQUEÑA VITRINA DE HUMORISMO

El humorismo ha ido avasallando la literatura y las distintas manifestaciones del arte contemporáneo. Pero especialmente son los escritores los que han dado la pauta del adelanto de la fórmula humorística en las interpretaciones de la alta literatura de esta segunda mitad del siglo xx. Para solaz y meditación de los lectores de este *Almanaque*, separamos algunas muestras de esta evolución del pensamiento humano, más valiosas aún por estar fraguadas en medio de los años de la primera mitad del siglo, erizado de guerras y sobresaltos.

Helas aquí.

MACEDONIO FERNÁNDEZ (ARGENTINO). (Modelo de genialidad en la disculpa, carta particular a Jorge Luis Borges, publicada en la revista *Proa* de Buenos Aires).

Querido Jorge:

Iré esta tarde y me quedará a comer, si no hay inconveniente y estamos con ganas de trabajar. (Advertirás que las ganas de cenar ya las tengo y solo falta asegurarme las otras.)

Tienes que disculparme el no haber ido anoche. Soy tan distraído que iba para allá y en el camino me acuerdo de que me había quedado en casa. Estas distracciones frecuentes son una vergüenza y hasta me olvido de avergonzarme.

Estoy preocupado con la carta que ayer concluí y estampillé para vos; como te encontré antes de echarla al buzón tuve el aturdimiento de romperle el sobre y ponérmela en

el bolsillo: otra carta que por falta de dirección se habrá extraviado. Muchas de mis cartas no llegan, porque omito el sobre o las señas o el texto. Esto me trae tan fastidiado que te rogaría que vinieras a leer esta en casa.

Su objeto es explicarte que si anoche tú y Pérez Ruiz en busca de Bartolomé Galíndez no dieron con la calle Coronda, debe ser, creo, porque la han puesto presa para concluir con los asaltos que en ella se distribuían de continuo. A un español le robaron hasta la zeta, que tanto necesita para pronunciar la ese y aun para toser. Además, los asaltantes que prefieren esa calle por comodidad, quejaronse de que se mantenía tan oscura que escaseaba la luz hasta para el trabajo de ellos y se veían forzados a asaltar de día, cuando debían descansar y dormir. De modo que la calle Coronda antes era esa y frecuentaba ese paraje, pero ahora es otra; creo que atiende al público de 10 a 4, seis horas. Lo más del tiempo lo pasa cruzada de veredas en algunas de sus casas: quizá anoche estaba metida en lo de Galíndez: ese día le tocó a Galíndez vivir en la calle.

Es por turnos y este es el turno de que yo me calle. *Macedonio*.

Alfredo Mario Ferreiro

● Publicado en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, 1955, p. 289.

El cuerdo no ata el saber a estaca

ARTIGAS

Madurado en días y noches alimentado por un oculto designio de la tierra, lentamente, como todo lo que permanece, un hombre creció hasta su pueblo y bajo el cielo pudo meditar a solas...

—Yo he andado entre la noche escuchando el sonido de los vientos, conozco los lugares más secretos, y el más secreto corazón del hombre. Yo espero y sufro como un hombre. Sufrido soy como esta raza mía, y como ella, a veces, soy alegre. Porque amo a mis hermanos, sufro alegre. Porque les amo, espero. Sobre la tierra espero.

(1811)

Oh mineral yacente.
Oh fuerza milenaria de la tierra,
brasa encendida ahora, y tea
levantada en los hombros de una idea.
Ensoñada en días y noches.
Vivificada en el resplandor de los fogones,
cuidada, alentada como un fuego familiar y fuerte,
un héroe la levanta hasta los corazones.

Rumbo a la Junta

Galopa Artigas.
Atraviesa ríos, esteros. Galopa por la pampa.
Ahí va.
Mirad cómo la tierra misma de América
alza un brote suyo hacia los vientos.
Mirad cómo los verdes bosques
alzan su torso verde,
trocados por el amor del hombre
levantan y andan junto a un hombre.



Mátenme cuerdos y no me den vida necios

La guerra

Desde este lado del río
los hombres salen al campo.
Por entre riscos y montes
los hombres salen al campo.
Hay alguien que los convoca.
Hay mil gritos y una boca.
Se incendia el campo, se incendia
rojo ya de un largo estío.
Sobre bestias anhelantes,
van los oscuros gigantes,
cruzan llanos y quebradas,
machacan los macachines;
las margaritas del campo
mueren de asombro y tristeza.
Dulces flores. Patria, dulce.
Dulces hombres.
Jinetes, gigantes dulces.
brotan fieros de la tierra.



Gloria y tristeza

Ya más allá de Las Piedras Montevideo aparece.
Triste patria prisionera bajo su propia bandera.
De este lado están sus hijos,
de aquel la rodea un río
de ácida y lava espuma; de sosegada grandeza.
En el medio, el enemigo.
Artigas espera y sufre. Artigas espera y sueña.

Mas el camino recorrido antes
un hombre lentamente de vuelta lo camina.
Junto a su pueblo, de vuelta,
tristemente lo camina un héroe.
Oh lentos, persistentes y lentos carretones.
Carruajes lentos, en lenta caravana hacia el exilio.

Oh, duros jinetes dulces,
tristemente de vuelta hacia la historia.
Y en las noches, bajo las estrellas,
escoltados por el triste canto de los grillos
impuestos de la majestad del cielo,
silenciosos en el hondo silencio de los campos
ellos marchaban.
En los amaneceres, cuando todo despierta
y se alza gozosamente en el día,
cuando todo es inocente y puro y se levanta,
ellos marchaban, Artigas marchaba.



De cuero ajeno correas largas

República y confederación

Pero de vuelta de otra vuelta hacia la historia
ellos volvían; Artigas volvía.
Y un grito de monte en monte
de pueblo en pueblo un grito se levanta.
¡Un eco de monte en monte
de pueblo en pueblo un eco
se adhiere a los hondones de la tierra!

II

(1814-1815)

Oh, dura, dolida tierra
dulcemente ceñida por los ríos.
Oh, selvas silenciosas.
Campo abierto y abras y colinas,
donde un héroe medita su destino.
¡Oh, tierra nuestra
tan querida, defendida tanto!
Mientras otros te olvidan, él no olvida.
Y a solas, con su América a solas
un héroe medita, hondamente medita su destino.
Y luego se levanta, otra vez se levanta
y por los campos, celeste y blanca y roja
como un lampo, en lejanas fronteras
alzada por Artigas, celeste y blanca y roja
flamea libertaria una bandera.

III

(1816)

¡Oh, tierra América! ¡Oh pueblo!
Hondos, silenciosos hombres que la pueblan
oh tierra poblada de silencios.
Levantado en la áspera violencia de los cerros,
dulcificado en la melancólica mirada de sus ganaderías
el Uruguay os llama, pueblos
os llama Artigas, pueblo
para golpear las sombras y poblar la tierra.



Cual el cuervo, cual su huevo

IV

Pero del este avanzan
del norte avanzan
las sombras avanzan.
Artigas golpea,
mas ellas le golpean.
Y cae y se levanta y cae.
Y galopa golpeando con su furia angélica.
Pero las sombras invaden la tierra.
Y claro, viril, valiente como un ángel claro
Artigas cae y se levanta y cae.

Oh triste recodo de la historia,
designio traicionero de los hombres.



La expatriación

¿Quién cruza el río?
¿Quién lo cruza triste?
¿Quién, callado, quién?
Triste, ¿quién?

Lo cruzaba Artigas,
hacia su exilio va, iba,
buscaba el centro.
El corazón de su América buscaba.

Y en el silencio oscuro de la selva
a solas, con su América a solas,
meditabundo y hondo y fuerte
como un sabio o un guerrero
a solas con su muerte,
la luz más clara se posó en su frente!

Liber Falco

● Publicado en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, 1957, pp. 118-121.

Lo mismo es a cuestras que al hombro

EL PRIMER PLANETARIO DE AMÉRICA DEL SUR

¿Quién, en todo el país, no recuerda el viejo zoológico montevideo? Durante años y años, cercano al medio siglo, estuvo instalado en la antigua quinta de don Alejo Rosell y Rius, quien la habitaba con su esposa, doña Dolores Pereira, y en cuyo espacioso terreno había ido, poco a poco, formando una colección de fieras y animales procedentes de todos los continentes. Poco a poco, tal era el interés de lo que allí había, el público comenzó a ser admitido en la residencia particular de don Alejo, verdadero filántropo que, al morir, el 14 de marzo de 1919, donó toda su fortuna al Municipio de Montevideo y a sociedades de beneficencia.

Don Alejo se llamaba —es bueno que su biografía sea bien conocida— Alejo de Ibarra Rius, ya que era hijo de don Alejo de Ibarra y de doña Esperanza Rius. Pero, habiendo quedado viuda su madre, contrajo nuevas nupcias con don Juan Rosell, cuyo apellido adoptó el niño en lo sucesivo.

Se había dedicado al comercio, y cuando casó con doña Dolores, en 1885, que era nieta de don Gabriel A. Pereira, presidente de la República por el período 1856-1860, vino a verse en la opulencia económica, ya que su esposa por las dos ramas paternas, tanto los Pereira como los Buxareo, poseía una considerable fortuna.

Vivió, no obstante ello, en medio de una sencillez y sobriedad ejemplares, ejerciendo la caridad sin retaceos; contribuyó a la fundación del hospital de niños que lleva el nombre de los esposos, y entregó el jardín zoológico y varios edificios para obreros que había

construido en distintos sitios de Montevideo, así como las obras de arte y muebles de subido valor, al Municipio de este departamento, al tiempo que otros legados favorecieron, especialmente, a la Sociedad Cristóbal Colón, de conocida vigencia caritativa, etc.

Don Alejo sobrevivió cuatro años a su esposa, y al morir, el 14 de marzo de 1919, como decimos más arriba, pasó al patrimonio público buena parte de sus cuantiosos bienes, entre ellos este predio de Villa Dolores (llamado así por su esposa), donde en la actualidad se ha establecido el planetario, único en América del Sur, y similar en muchos detalles al que funciona en la ciudad de Nueva York.

Mario Martínez

● Extracto de un artículo publicado en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, 1956, pp. 131-132.

BREVES + BREVES



—¡Horror...! ¿Por qué no vas a lavarte esas orejas tan sucias?

—Porque todavía oigo bien.

La culpa del asno echarla a la albarda

AZOTEAS Y MIRADORES

Fue allá por la década de los años treinta del siglo XIX, recién constituida la República, cuando Montevideo vio extenderse la construcción de miradores y de balaustradas en las azoteas.

El pincel de Adolphe D'Hastrel exhibe en 1840 esa expresión arquitectónica entre un paisaje sin follaje, y Dulin, presumiblemente pocos años después de la llamada Guerra Grande, dibuja puntualmente una animada escena de la ciudad construida en forma de anfiteatro sobre la península, según lo expusiera admirativamente un penetrante observador francés: Xavier Marmier.

En esa imagen de ocio montevideano, dos jóvenes mujeres con sus vestidos con miriñaque se asoman a un balcón, lugar de ensueño en la época, protegiéndose del sol con sus delgadas sombrillas. Otras, bajo sus capelinas, se dicen sus confidencias en la azotea, y dos caballeros, uno de ellos con catalejo, fijan la atención en los numerosos navíos que se encuentran sobre el espejo de aguas de la bahía o en aquel otro que llega con las velas desplegadas.

Los miradores —después llegaron las torres y las cúpulas a erizar el cielo, y más cerca de este tiempo fugitivo las antenas

sin poesía— hoy son solo recuerdos de un pasado. Si antaño dominaban la vastedad del panorama y eran emblema de prestigio, ahora sobreviven en su mayoría encubiertos y olvidados entre monumentales prismas de vidrio y cemento.

En una soleada tarde de un domingo del pasado invierno, dando vueltas despacio por la ahora llamada Ciudad Vieja montevideana, alzando la vista, hemos registrado muchos de esos testimonios melancólicos.

Durante el afiebrado trajín de los días laborales, por sus angostas aceras circula dificultosamente una muchedumbre torrencial esquivando gentes y automotores. Pero los sábados y domingos, un paseo con pie sosegado por las calles casi desiertas descubre inesperados y entrañables motivos surgidos de la mano creadora del hombre.

Su presencia no es de fácil percepción, pero mirando y remirando se advierten múltiples adornos que fueron en un tiempo legítimo orgullo de familias montevideanas.

Edificios con caríátides que unen su irremediable soledad a los techos; algunos con rostros enigmáticos empotrados o con balcones voladizos como el de la

casa situada en Sarandí y Alzáibar; otros con bohardillas que responden a la creación arquitectónica de Mansard; torres y cúpulas que rivalizan con campanarios; patios melancólicos con evocadores aljibes; expresivos bajorrelieves; un viejo reloj que marca las horas de la ciudad; puertas de madera labrada como la del edificio de la calle 25 de Mayo al 520, que fuera residencia de Agustín de Castro y hoy es sede del Consejo del Niño.

Y en cualquier dirección, rejas, cientos de rejas que se encuentran en puertas, balcones, verjas y antepechos de ventanas, creadas por artesanos anónimos que las cincelaron con amor.

Durante largo tiempo nos hemos enfrentado a esos testigos silenciosos de épocas lejanas, insensibles, indiferentes, extraños, sin llegar a ver jamás ese perfil espiritual de la ciudad.

Quizás algún día, como lo quería el poeta salteño Enrique Amorim, se coleccionen y cataloguen en algún MUSEO DE HIERRO FORJADO, para salvar las más representativas para el patrimonio común de la nación.

1) Para citar algunos de los más antiguos y de más definida característica, damos aquí sus direcciones precisas; nos limitamos a los miradores de la Ciudad Vieja: Ituzaingó 1255, donde viviera el poeta Julio Herrera y Reissig (convertido en sede del Instituto del Libro) y en cuya torre de los panoramas funcionara uno de los cenáculos más famosos del modernismo literario uruguayo; Rincón y Misiones (mirador-torre), en la mansión que fuera propiedad del general Fructuoso Rivera y que en la actualidad alberga las dependencias centrales del Museo Histórico Nacional; 25 de Mayo y Juan Carlos Gómez (mirador-linterna)

en la casa que perteneciera a Francisco Gómez, destinada ahora a sede de la Junta de Vecinos de Montevideo; 25 de Agosto casi Juan Carlos Gómez, en la vivienda mandada construir hacia 1816 o 1817 por Manuel Ximénez, hoy destinada a recordar al Montevideo Plaza Fuerte y Puerto de Mar, dentro de la jurisdicción del Museo Histórico Nacional; Rincón 747 y Ciudadela (mirador-torre) en el edificio del Ministerio de Industrias y Trabajo; Piedras 271 casi Pérez Castellano; 25 de Mayo y Colón; Zabala 1293 y Buenos Aires; 25 de Agosto e Ituzaingó; Rincón 567-569, en cuya planta baja se encuentra la sede del Cine Club del Uruguay; Rincón y Juan Carlos Gómez; Bartolomé Mitre 1478, en la vetusta casona donde se hallaba hasta hace algunos años el Museo Mac Coll, y finalmente, Rincón 654 y Bartolomé Mitre, en la azotea de la que fuera confitería Jockey Club.

Anibal Barrios Pintos

● Publicado en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado, 1975-1976*, pp. 96-97.

BREVES + BREVES

LO QUE COMEMOS. ¿Sabe el lector que una persona de peso normal ingiere 2,250 kg de alimentos por día? Al llegar a los 70 años habrá pasado cinco saboreando 450 kg de sal, 3.200 de azúcar, 6.000 hogazas de pan, tres vaquillonas, 300 pollos, 2.000 pescados grandes, 4.050 kg de papas, 5.400 de té y café, empleando 43.200 horas en pasar 1.400 veces la equivalencia del peso normal del cuerpo por el tubo digestivo: en total más de 100 t de alimentos. Sin embargo, de acuerdo con recientes experimentos científicos, el hombre puede ayunar 75 días consecutivos, si se halla normalmente sano y bien nutrido al comienzo del ayuno y si bebe agua. De no hacerlo así, solo puede vivir 20 días.

Por culpa de la bestia mataron al obispo

BREVES + BREVES



Un pequeño caballete con elásticos en espiral sirve de soporte a las botellas con biberones que alimentan a los corderos guachos.

Donde no valen cuñas aprovechan uñas

ESPECTÁCULOS Y DIVERSIONES DE ANTAÑO



Desfile preliminar a una corrida de toros realizada en el ruedo de la Unión, año 1876.

Siempre resulta grato, al hablar de las relaciones humanas, referir los usos y costumbres que van afirmando, en el valor anecdótico, la síntesis de su tradición.

Los usos y las costumbres de nuestros mayores nos llegan a través de la historia o envueltos por la nostalgia de quienes, al narrar una hazaña o evocar un acontecimiento, nos cuentan las dificultades que debieron superarse para lograr un anhelo o satisfacer una inquietud.

Virtudes y vicios, éxitos y fracasos, anhelos alcanzados o insatisfechos, actuaron juntos en cada etapa vivida por grupos sociales diferenciados en sus posibilidades económicas y en su grado de cultura.

Estos conceptos se aplican con total fuerza cuando se estudian las reaccio-

nes que provocan los entretenimientos, aun banales, los juegos lícitos o prohibidos, las competencias deportivas o cualquier espectáculo público.

Los espectáculos deportivos, tanto como las diversiones populares, son el reflejo de la moral, por cuanto, con el progreso de las ciencias y de las artes se modifican las costumbres y los sentimientos del pueblo.

Veamos algunas de las formas del proceso histórico que los proyectó hasta nuestros días.

LAS CORRIDAS DE TOROS. Muy pocos antecedentes nos permiten describir los orígenes de este espectáculo en nuestro país. Fue el acontecimiento popular que más adictos contó desde la época colonial hasta 1912, cuando se prohibieron definitivamente.

A mediados del siglo pasado compartieron con *las carreras de caballos al estilo inglés* las preferencias del público, pero fue recién a fines de siglo que sintieron la competencia del fútbol y otros deportes que se enseñorearon del favoritismo popular.

Las corridas de toros se distinguían de las demás fiestas por un rasgo característico —dijo Batlle y Ordóñez—, el de «hacer asunto de agradable entretenimiento, el dolor y la muerte».

Ese pensamiento iba dirigido a un gran sector de opinión cuando *el ruedo de la Unión* atraía numerosos aficionados, en su mayor parte españoles radicados en ambas márgenes del Plata.

En el transcurso del siglo pasado las lides entre hombres y bestias, no siempre favorables a los primeros, eran frecuentes como lo eran las protestas por los sucesos inhumanos toda vez que el público, ávido de sangre y enardecido, se consideraba defraudado por el comportamiento del toro o el de su idolo.

Por ello resulta interesante conocer su historia.

Las primeras corridas. La causa aparente de su introducción en el país fue una razón de beneficencia de interés público o religioso. La real y oculta era el deseo contenido de los primeros pobladores por esos espectáculos, resabio de los tiempos antiguos en que el derramamiento de sangre era la diversión favorita de los *grandes señores* y de las castas encumbradas.

Más tarde los acontecimientos que siguieron al Grito de Asencio hicieron enfriar este entusiasmo por los toros, hasta que volvieron a resurgir en tiempos de la dominación portuguesa, que

los incluyó como parte de las fiestas públicas.

En 1835, bajo el gobierno del general Oribe, la plaza de toros que funcionaba dentro del recinto amurallado se trasladó hasta el límite del ejido, inmediaciones del actual Palacio Municipal. Luego, al término de la Guerra Grande, se encomendó al arquitecto Garmendia la construcción de una plaza en la Villa de la Unión que centralizó, a partir de entonces, la actividad taurina hasta su prohibición.

Ocupaba el espacio cruzado por las actuales calles Avellaneda, Larravide, Orense y otras. Tenía capacidad para 12.000 espectadores en un círculo de 100 m de diámetro. Fue demolida en 1930.

Reacciones contra las corridas. A raíz de un incidente ocurrido en 1835 en el ruedo del Cordón, las autoridades prohibieron las corridas y dispusieron su demolición.

Llevado el asunto a la Cámara de Diputados, la Comisión de Peticiones que integraban Joaquín Suárez y Ramón Masini se expidió en sentido desfavorable a la reanudación por entender que «esas fiestas solo sirven para estimular la ferocidad de los pueblos, acostumbrándolos a divertirse con la muerte de animales útiles y con la del hombre a quien su desgracia arrastra a lidiar con las fieras y que tarde o temprano exhala su último aliento en tan indecorosa palestra».

Toros y divisas. El informe de la comisión, pese a su éxito inmediato, no dio el resultado que esperaban sus redactores. Al finalizar ese año el gobierno autorizó «la celebración de 55 corridas, realizadas las cuales la plaza sería demolida».

Cuéntase con tal motivo que en una de las primeras corridas de esa temporada se lidiaron toros de tres ganaderías nacionales que ostentaban las siguientes divisas: *celeste*, *roja*, *azul* y *blanca*, colores que, al decir de Eduardo Acevedo, servirían al año siguiente «de divisas a los hombres para combatir los unos en torno de Oribe y los otros en torno a Rivera».

Recrudescen las críticas. Toda vez que ocurrían accidentes, de los cuales se hizo eco la prensa en más de una oportunidad, recrudescían las críticas contra las corridas. En 1857, el doctor Juan Carlos Gómez escribía en *El Nacional*: «El sacrificio de la vida en las astas de un toro es un suicidio y la religión tiene razón en negar al torero el entierro en sagrado como una protesta de la moral ofendida. Las corridas de toros habían dejado ya de estar en nuestras costumbres. El pueblo las había olvidado y buscaba los placeres de los teatros, de los circos, o de otros pasatiempos educadores e inofensivos».

El ocaso de las corridas. No obstante las críticas y los comentarios desfavorables de que eran objeto, las corridas, por una u otra causa, salían airoosas de la prueba a que se las sometía. Así se explica que en tiempos de Latorre las corridas alcanzaran su máximo esplendor. Por esa época la concurrencia alcanzó cifras que superaron todos los registros, tal como sucedió en enero de 1880, cuando las *damas de alcurnia* prestigiaron con su presencia, *el brillo de estas fiestas*.

De esa forma se fueron sucediendo los acontecimientos, favorables unas veces al mantenimiento de las corridas y

sufriendo otras las críticas más severas, hasta que algunos hechos prepararon el terreno favorable a su eliminación.

Así llegamos a 1912, año en que el presidente de la República, don José Batlle y Ordóñez, impuso la ley por la cual se prohibían «las parodias de corridas de toros en el país y de todo espectáculo que signifique causar sufrimiento a los animales».

Esta vez la insistencia de los interesados encalló ante la energía del gobernante. Por esa época las fiestas taurinas se celebraban en el Real de San Carlos, cuya empresa había logrado permiso para realizar corridas con toros embolados. Con el afán de atraer aficionados de Buenos Aires, la empresa se excedió en sus facultades y restableció algunas suertes como *la pica* y *la banderilla* para dar más emoción al espectáculo. El hecho provocó su prohibición total.

Para poner punto final a la incidencia y evitar toda reclamación de la empresa, se llegó a un acuerdo por el cual se otorgaba al Real de San Carlos un permiso para explotar los juegos de azar en forma análoga al que regía en el Parque Hotel.

Llegaban entonces al país 50 toros consignados a la empresa.

El gobierno ordenó que fueran castrados, basándose en que «el toro de lidia, por su bravura y escaso peso» no era conveniente, desde el punto de vista de su explotación en el país, como carne para la exportación.

Ponciano S. Torrado
INGENIERO

● Extracto de un artículo publicado en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, 1969, pp. 54-57.

ASADO AL ASADOR

El asador es una barra plana de hierro en la que se ensarta la carne completamente despojada del cuero. En la parte superior de la barra hay un travesaño o un gancho, que sirve para sujetar la carne y evitar que resbale hacia el suelo.

Se hace un buen fuego de leña y se entierra el asador hasta cierta altura, en las proximidades, de modo que el calor le llegue suavemente.

Cuando un lado de la carne está bien asado, recién se da vuelta para que termine de cocinarse. También aquí la salmuera es indispensable para mejorar el sabor.

BREVES + BREVES



—¡Pobre Antúnez; lo han degollado!
—¡Pero si la puñalada ha sido en el vientre!
—Sí, pero ten en cuenta que era ventrílocuo.

Aunque parezca fácil, no cualquiera sabe hacer un asado con cuero o al asador; se requieren habilidad y conocimientos especiales para evitar que la carne se arrebate, es decir, se cocine por afuera y quede cruda interiormente.

Con preferencia se asan al asador los costillares de vacunos, los corderos y los chivos.

Cuando los gauchos querían hacer una fiesta grande y completa, preparaban un asado con cuero. Todavía hoy es ese el mejor agasajo de la gente de campo, especialmente al recibir la visita de extranjeros que desean conocer las viejas costumbres criollas.

Se mata una vaca o una vaquillona, sin perseguirla, porque el cansancio perjudicaría el sabor y la frescura de la carne. Partida al medio la res, o partida en cuartos, se deja orear durante la noche; en la madrugada se hace buen fuego, y cuando hay solo brasas se asa lentamente sobre grandes parrillas, poniendo la carne con la parte del cuero hacia arriba. El asado, que se ha ido rociando de tiempo en tiempo con salmuera, está a punto cuando al tirar de los pelos estos se desprenden con facilidad, anunciando que el calor ha penetrado la carne en toda su extensión. Entonces se retira del fuego y se sirve cuando está frío. Asada de este modo tan primitivo, la carne adquiere un sabor exquisito.

● Publicado en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, 1943, p. 139.

AQUELLAS PLAZAS DORMIDAS

I No sé por qué yo atravesaba siempre la plaza Independencia por la vereda del medio, en aquellos veranos de aire quemante, con las baldosas doradas de sol, cuando los árboles, como sombrillas cerradas, replegaban la sombra en sus troncos, y la plaza se llenaba de soledad.

En los estíos, la gente alargaba el camino buscando el frescor de la parrilla, bajo los arcos ya descascarados, codeándose con los vendedores ambulantes junto a las pequeñas tiendas de baratijas, que adornaban sus paredes con un colorido insoportable de zarzas. De ahí que en mi memoria ella haya quedado como una visión de linterna mágica, sin la graciosa movilidad de la vida.

Y vi veranos iguales, siempre iguales, en aquella plaza que sentí de sed, hasta que un día mis ojos se encontraron con la sorpresa de que iba alzándose entre el pedregullo, frente al hotel Bella Barcelona, aquel edificio de pesadas columnas verdes o grises que podía saludarse desde los balcones de la casa de gobierno.

Fue al principio un pabellón de tablores, que de pronto se hizo rojo como si el fuego lo hubiera pintado, y que luego rodeó la música de la tarde y una tertulia de voces, de muselinas y abanicos, como nunca se viera en la calle. Entonces, bella aventura, llegó a la plaza la estatua de Joaquín Suárez, y su emplazamiento ofreció insólita animación. Los montevideanos se paseaban contentos, mirando hacia el ángulo sur, señalando el sitio con entusiasmo.

Pero cuando los lienzos, después de meses de cubrirla, dejaron a la vista la

estatua, todos quedaron defraudados. Desde la mañana un corro se formaba allí, como en un velorio, pues los transeúntes se detenían a hablar en un perfecto acuerdo, diciendo: «Las estatuas no quedan bien de frac» o «Debía llevar casaca, como los antiguos, o la arrogancia de las charreteras y espada en vez de bastón...». O también: «¿Por qué la habrán fundido en bronce cuando son más hermosas las estatuas de mármol?». Y disgustaba a todos el basamento de granito, esa piedra ordinaria, como decían, que solo sirve para adoquinar las calles. Algunos otros criticaban el tamaño o las proporciones.

Tal vez el disgusto que trajo la estatua de Joaquín Suárez a la ciudad impidió que se colocaran las otras restantes. Y para que cesaran aquellas conversaciones, el monumento fue llevado a un lugar lejano, al que se puso su ilustre nombre, como una compensación, pero por donde la gente no pasaba sino en tranvía.

La plaza, tranquila ya, recobró su aire antiguo, por lo cual los montevideanos pasaron otra vez sin detenerse, sin saludarse, sin conocerse.

II Había así que caminar unas cuadras más para encontrar amigos. Porque la plaza Cagancha era distinta y tenía como un tono de experiencia social, con la gente sentada familiarmente en los bancos, para sostener conversaciones como de entrecasa. Allí, a modo de niños, todos gozaban esperando la salida del trencito de los carneros o mirando al hombre de los globos o acercándose al bizcochero y

permaneciendo horas enteras en comunión con esa vida humilde, buena, sin ambiciones, en medio de aquellas preciosas palmeras. Era el lugar de las niñas, de los chicos y de los vagabundos. En medio de ellos se alzaba gallardamente la estatua de la libertad, que ninguno miraba, pues todos pasaban junto a ella como si no estuviera, como si no precisara estar en un sitio tan prominente.

Y así, cuando alguien se quedaba con los ojos abiertos y la boca admirada, una sonrisa de superioridad pasaba por todos los rostros, pues veían en él a alguien que debía venir de la hosquedad de los campos. Es que ni los desocupados parecían inquietarse por la libertad, y acaso solo encontraban a la estatua la utilidad de un reloj de sol.

Pero si se seguía caminando hacia afuera, pronto se pasaba de la cándida armonía de la plaza Cagancha a la inquietante extrañeza de la plaza de Armas, a la que los montevideanos llamaban tercamente el cementerio Inglés, sosteniendo que allí estaban enterrados los combatientes de las invasiones inglesas.

Era un campo sin un árbol, sin una flor, sin una mata siquiera, un campo como quemado por la leyenda. Se abría a la ciudad en 18 de Julio y Ejido, justamente frente a la panadería de los bollitos, cuyo piso se movía como el teclado de un piano, lugar sumamente valorado por todos los niños. Por lo demás, allí era todo desolación: tierra parda y huraña, ondulada y solitaria, como un mar de olas de tierra, que la gente prefería no pisar, aunque hubiera que dar vuelta por las calles adyacentes.

Pero un día alguien, no se sabe quién, hizo construir allí, precisamente allí, una feria de diversiones, y el cementerio

quedó enterrado bajo los teatrillos llenos de música, de cantos y de bailes, con lo cual nadie volvió a acordarse del camposanto.

Y si se seguía hacia fuera solo se encontraba la plaza de las Carretas. Pero las más preciosas de ellas las tenía Montevideo en la Ciudad Vieja. Así, la plaza Constitución, riente y bella, a la que la gente llamaba preferentemente plaza Matriz, y unas cuadras después la plaza Zabala. La plaza Matriz existía ya desde el tiempo del virreinato. La conocieron los patriotas y allí juraron la Constitución, y en ella se reunían los constructores de la nacionalidad. Toda la historia de la patria se iba desarrollando en ese Cabildo, del que casi formaba parte la plaza, en el que entonces todavía se reunían las cámaras que elegían a los presidentes y donde estos tomaban el mando de la República. En algún tiempo había sido la plaza de los motines, y los batallones acampaban en sus triángulos con las armas en pabellón. Allí se celebraban también las solemnes procesiones en que los niños iban vestidos de ángeles y las señoras, adornadas de ricos terciopelos, oraban de rodillas en la calle.

III Pero en el Novecientos la plaza servía de marco también a reuniones sociales. En las noches de verano, mientras las bandas militares tocaban polcas y mazurcas, la juventud transitaba por la diagonal que iba de Sarandí y Cámaras a Ituzaingó y Rincón; las mujeres, vestidas de vaporosas muselinas blancas y sombreros de pastoras, con amapolas y espigas, o con grandes capelinas de plumas. Y se paseaba casi al compás de

la música, con esa inocencia y frivolidad del Novecientos, rodeando la fuente de motivos mitológicos y escritas leyendas que hacía saltar día y noche sus collares de agua.

Pero este encantamiento duraba solo hasta que la catedral daba las once. Porque a esa hora se apagaban los atriles, las músicas cesaban y en un segundo desaparecían los paseantes.

La plaza se recogía en sí misma y podía soñar a solas.

La buena gente de Montevideo, a pesar de vivir en una ciudad flanqueada por las olas, prefería entonces, a la costa marina, la tibieza de los pequeños espacios libres, y paseaba bajo los paraísos, respirando el perfume de las flores, como podría hacerse en un pueblo de tierra adentro. Sin embargo la gente ni se detenía ni se hablaba al encontrarse de paso; solamente se saludaba a cada

encuentro, se miraba, se sonreía y volvía a hacer de nuevo el mismo camino.

En fin; al final de la península existe otra plaza de un aire más infantil que social, una plaza casi en el puerto, escondida entre las casas: la plaza Zabala, que así se llamaba antes ya de desembarcar la estatua del fundador de Montevideo a tomar posesión del lugar. Esta era como un edén secreto, más alejada de los lugares de paseo de la gente y a la que se llega por calles que terminan allí o que nacen. Tiene aún algo de jardín ajeno, rico jardín con rejas y portones de hierro que se cerraban entonces a la puesta del sol.

Los bancos estaban ocupados siempre por viejos inmóviles que podían parecer de piedra pero que mientras tomaban el sol infundían respeto en medio de la lozanía de la plaza.

¿Quién hubiera podido pisar entonces aquellos canteros como de raso verde? ¿Quién se iba a animar a arrancar una de aquellas dalias como llamas, o alguno de aquellos malvones opulentos de imprevistos rojos? ¿Quién trataría de tocar uno de los tentadores pensamientos, violetas y amarillos? ¿Quién hubiera roto caprichosamente alguno de los lazos de amor que crecían en manojos, como almidonadas cintas?

Después, cuando sus ojos de vidrio dejaron de vigilar, acaso todo fue distinto. Y hoy solo quedan algunas flores entre caminos que se cruzan en todo sentido.

Josefina Lerena de Blixen

BREVES + BREVES



Llanta de auto

La llanta vieja de auto permite, con una muesca en la pestaña, el cierre de una porterita.

● Publicado en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, 1973-1974, pp. 67-69.

El deudor no muera, que la deuda en pie se queda

TRES RECUERDOS DE ISIDORO DE MARÍA

La Mariquita. Figuraos no una mujer sino una horca bautizada con ese nombre por el vulgo, ya sabréis por qué, que dejó qué contar, pero no plata.

Allá por el año 23 surgió la guerra entre lusitanos e imperiales. Don Álvaro da Costa estaba al frente de los primeros y con él el Cabildo. El barón de la Laguna era el jefe de los segundos en campaña.

El capitán Pedro Amigo, hijo del país, había marchado al campo, comisionado por el Cabildo, a promover reuniones contra los imperiales. Quiso su mala estrella que lo tomaran prisionero y lo acusaran de esto y de aquello. Lo condenaron a la pena de horca, a pesar de la valiente defensa que hizo de él don Joaquín Suárez, nombrado defensor, y alentado secretamente por un personaje de la llamada logia de San José.

Para ejecutarlo mandaron construir una horca o rollo, como la llamaban. La probaron con un perro, y como la hallasen buena, ejecutaron en ella a un portugués traído de la Colonia, clasificado de bandido. A esa ejecución siguió la de Pedro Amigo, en Canelones. Después no se hizo más uso del rollo. Lo trajeron a la plaza a su entrada el año 24, arrinconándolo en el Cabildo, haciendo compañía a la escalera de las azotainas de la esclavatura.

Sucedió por ese tiempo la perpetración de un crimen alevoso, cometido en la persona de una respetable señora —doña Celedonia Wich de Salvanach— por dos de sus criadas, que impresionó profundamente a la sociedad montevideana. La ultimaron con tenedores y luego arrojaron el cuerpo desde el mirador al patio.

Juzgadas, fueron condenadas a la pena de la horca, y a presenciar la ejecución a un mulatillo menor de edad, cómplice del crimen. Se trepidaba en ejecutar la sentencia, por recaer en mujeres. Se fue hasta el emperador, en solicitud de ello, y obtenido el beneplácito imperial, se ejecutó al fin la sentencia que recordamos con pelos y señales.

Las dos homicidas marcharon al suplicio. Una de ellas, la principal, se llamaba Mariquita, y de ahí el nombre que le quedó al rollo en el dicho popular.

Consumada la justicia, fueron suspendidos los cuerpos de las ajusticiadas en la cruz de la horca; quedaron así colgadas a la expectación pública por algunas horas.

Esa fue la mentada Mariquita, que no volvió a funcionar después de ese espectáculo.

Se haría leña.

A propósito de retratos. En la gente antigua eran raros los retratos, por la sencilla razón de faltar los retratistas.

BREVES + BREVES



—¿Duermes mucho de día?

—Sí. Es la única forma de tener fuerzas para gritar toda la noche.

El buen día, mételo en casa

Como ave de paso aportó uno por estas playas, el año 6, que fue el que hizo el del Padre de los Pobres.

Hasta el año 21 no recordamos que se hubiese proporcionado otro en Montevideo que un hijo de la Gran Bretaña, que apareció como llovido del cielo, retratista al óleo, que hizo los retratos del general Lecor, del coronel Saldaña, del padre Larrañaga, de la señora Juana Jiménez de Flangini; y, si la memoria no nos es infiel, de doña María Clara Zabala, don Gabriel Pereira, don Santiago Vázquez y don Francisco Juanicó.

Del año 30 para adelante fue otra cosa. Apareció un señor Mata, portugués, que retrataba en miniatura, a onza de oro cada retrato. Vivía en la casa de don Antonio Díaz, redactor de *El Universal*.

En esa época tuvimos jóvenes retratistas orientales: Secundino Odogerti, en miniatura, Salvador Jiménez y Diego Furriol, en miniatura y al óleo. Los retratos al óleo del padre Lamas y de don Miguel Barreiro fueron obra del pincel de Jiménez.

La primera botica. En 1768 se autorizó la planteación de la primera botica que

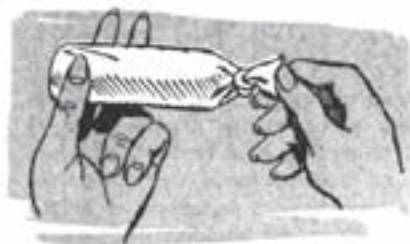
tuvo esta ciudad, establecida por don José Gabriel Piedracueva.

Hasta entonces habían carecido sus moradores de una farmacia donde poder obtener medicamentos para sus dolencias, por lo que estaban reducidos al uso de yerbas silvestres para remedios, a excepción del que podía costearlos de Buenos Aires. Bien que en aquel tiempo había *peste de salud* en la población, computada en unos 1.200 habitantes, a pesar del desaseo, del lodo y de las aguas estancadas en charcos y zanjones, y como consecuencia eran pocas las enfermedades que se conocían, y ninguna epidémica.

La botica de Piedracueva, la primera que tuvieron a su servicio nuestros antepasados, precedió con mucha antelación al establecimiento de la llamada del Rey, que fue la segunda. Siguió a esta la de Pedriel, la de don José Giró, cirujano del presidio, y sucesivamente hasta el año 10 de este siglo, las de Maltés (González Vizcaino), de Yéregui (1819), de Mordello (1820) y de la Plaza.

● Publicado en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, 1968, pp. 193-194.

BREVES + BREVES



ENVASE A PRUEBA DE GOTEOS. Evite los goteos del perfume o de otros líquidos que lleve en la bolsa de mano o en un maletín. Coloque un globo de juguete sobre el envase y anude la parte superior del globo en el fondo del envase. La tapa quedará así bien asegurada, sin peligro de que el líquido escape o manche el interior de la bolsa o del maletín.

Cada día olla, amarga el caldo

EN LOS TIEMPOS DE CARLITOS...

En una preciosa crónica publicada hace cosa de diez años, don Samuel Eichelbaum traía a cuento el buen recuerdo de una suerte de íntimos recitales que Carlitos Gardel solía ofrecer a última hora en la trastienda de los escenarios donde actuaba aquel enorme actor que se llamó Roberto Casaux. «Cuando Gardel iba al teatro y antes de la función se acercaba a Casaux para saludarlo, este le decía: “Bueno, después de la representación venís aquí, ¿no?”». A veces, el cantor no podía porque tenía algún otro compromiso. Mas era entonces cuando Casaux le exigía, virtualmente, que lo hiciera. Y Gardel terminaba siempre por acceder. Allí, en el camarín de Roberto Casaux, después de los espectáculos fue donde más veces vi a Gardel y donde cantaba mejor. Nosotros —concluye Eichelbaum— lo escuchábamos con emoción; Casaux sin siquiera haberse cambiado ni quitado el maquillaje.»

Rivadavia y Rincón, vieja esquina.

De antigua data venía esa amistad entrañable entre el hombre de los tangos y el actor de los personajes infinitos. Este, quien era unos pocos años mayor que aquel —en los hechos pertenecían a la misma hornada—, había nacido en Buenos Aires en el 1885. Se llamaba, por apelativo familiar, Casaubón, y fue compinche inmediato de José Razzano en las correrías infantiles por las calles de Balvanera al Sur.

Tiempo después, cuando el afamado dueto vocal criollo estuvo ya constituido, Los Gardel-Razzano y Roberto Casaubón —Casaux, entonces, para las carteleras—

actuaron muchísimas veces juntos en celebraciones públicas, festivales y teatros.

Durante la temporada de 1914, cuando Roberto, luego de su fogueo al lado de Parravicini y tras un par de años de compartir la marquesina con Pepito Petray, formó su compañía con el leonés Arsenio Perdiguero, los dos cantores tornaron a trabajar con él.

Y en las apretadas y cordialísimas tenidas trasnochadas del café De los Angelitos, en torno de aquellos manteles de puro papel sobre los cuales se les aparecía el alba junto a Higinio Cazón, a Luis Ángel Firpo, a César Iglesias Paz, a Joaquín de Vedia, a Gabino Ezeiza, volvieron a estar, codo a codo, Gardel y Casaux. Y no por azar. Sino porque tanto como esa amistad, los unía la recíproca y manifiesta admiración. Una mutua valoración nacida, acaso, de cierto mágico paralelo interior entre lo que el Gordo Casaux había creado sobre las tablas con su inefable repertorio de mil caretas asombrosas, y lo que el Gordo Gardel —cien quilos arriba y a la sombra— creaba entre los sensitivos mástiles de sus guitarras. Lleno de tango. Tango él mismo.

Uno, en la embrujada fábula del teatro; el otro, en la cancha trovaresca de la canción popular, representaban, de una imborrable manera, la misma cosa: el agreste amanecer de nuestro arte rioplatense.

El mago de los muñecos. Tanto Casaux como Gardel eran hombres cultos. No lo eran, claro es, porque estuvieran

El día que te casas, o te curas o te matas

ilustrados sobre Mozart, sobre Racine o sobre Pico de la Mirándola. Eran genuinamente cultos de la cultura de adentro para afuera –la única–. Porque sabían la vida al modo nuestro. Porque estaban en *la cosa*. Porque conocían cuanto es menester conocer de lo que nos es verdaderamente propio para realizarse, ambos, en el arte, con verdadera originalidad.

En 1916, *El movimiento continuo*, la pieza cómica de Armando Discépolo, Mario Folco y Rafael de Rosa, dio a Roberto Casaux la ocasión de su primer suceso de público. Y ese triunfo personal configuraba –a la par– el espaldarazo para toda una cinchada de treinta años de teatro que, despuntada por Pepe Podestá en las arenas del circo, se había encaminado a la consagración de un estilo rioplatense de interpretación escénica. Había resultado necesario, entonces, que el talento de un hombre recogiera esa siembra en la gran síntesis creadora. Y ese hombre era Casaux. Un actor en quien el talento artístico iba sutilmente entrelazado a un poderoso instinto dramático: había en él una suerte de frégoli capaz de fagocitarse, con una sola mirada, las siluetas del carbonero napolitano, del francés mercero, del turquito de las baratijas, del vasco de los tarros de leche, para soltarlas luego sobre los escenarios en su encantada versión estilizadora y purificadora. Para trasmutarlas en personajes que resultaban más tanos, más franchutes, más turcos y más vascos de lo que esas mismas criaturas eran en la realidad.

Las voces que ayer callaron. Al igual que su amigazo Casaux –suma genial de toda una época del teatro–, Carlitos Gardel venía a ser como un maestro compendio

del silvestre puñado de voces que habían precedido a la suya.

La voz de los milongueros que en la academia montevidéana o en el almacén porteño había recogido sobre el estremecimiento tripero de sus bordonazos el corazón del extramuro en décimas, sextinas, octavinas o cuartetos hechas de verso, de canto, de ingenio y, sobre todo, de saberlo al hombre nuestro.

Y la voz de aquellas cupletistas –Dorita Miramar, Linda Thelma, Pepita Avellaneda– que mandaban su tonadilla, verde o rosa, desde el oscuro tabladito de los cafés concierto del bajo.

Y la voz, también, de los cantores de la primera época: Villoldo, Gobbi, Mathon, que andaban por los varietés del mil novecientos con sus tanguitos entre camperos y azarzuellados.

Todas esas voces tuvieron lugar en la voz de El Morocho. Porque él –como su admirado Casaux, que era, a la vez, el andaluz y el calabrés y el chulo y la mujeruca de los madriles que habían inspirado al compadre y a la taquera de la Unión o de Puente Alsina– era un poco todo eso. Y era, otro poco, la trova romancesca de Gabino Ezeiza. Y dejaba alentar en su alma un soplo del alma de Arturo de Navas. Y tenía en los ojos un hálito de la tristeza rara, romántica y fatalmente perdida de Andrés Cepeda.

Cosas que callaron y que entraron a perdurar –salvadas– como ecos de su propia voz.

Horacio Arturo Ferrer

● Extracto de un artículo publicado en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, 1968, pp. 160-162.

DEFENSA DEL GAUCHO

Uno siempre ha sido un gran defensor de los gauchos, no solo porque siente viva adentro la herencia del montonero, sino porque el gaucho merece que se lo defienda. Fue la primera guardia noble de estas patrias. Caballero vestido con harapos. Blandiendo un sable corto y cerrándole piernas al potro, dio cara al sol y abrió un camino. Fue el que siguió a Artigas en Las Piedras, a Lavalleja en Sarandí, a Rivera en Rincón, fue el de la Banda Oriental andando la tierra dolorosa atrás de Artigas.

«Brutos» dice la gente que no entiende, que no merece entender.

¿Brutos? ¿Y los Siete Infantes de Lara?, ¿cómo eran?, ¿pitucos? Y don Roldán, el jefe de la retaguardia franca de Carlomagno, ¿cómo era? ¿Qué diferencia había entre Roldán y Veillantif? (Veillantif se llamaba el caballo). ¿Sabía escribir el Cid Campeador? ¿Sabía inglés don Juan de Garay? Entonces... ¿por qué se le exige una ilustración para tener en cuenta a quien realizó mucho más que muchos ilustrados? ¡Y si el tipo supiera lo que es ser resero! ¡Ir leguas al tranco, envainado en la soledad, con un horizonte delante y perro atrás! ¡Qué sabe el tipo de todo eso si cuando pisa un carozo de aceituna anda rengo dos días! Los viejos héroes floridos, los de *La Iliada*, los de las epopeyas germánicas, los de las canciones de gesta, los de las cruzadas, como ser brutos, eran tan brutos como el gaucho, solo que la distancia, la novelaría y esa tendencia que hay por apartar los ojos de la tierra de uno –cambiando lo que no sabemos que tenemos por lo que creemos que

nos hace falta– nos hace aparecer a la legión de los extraños con más brillo y más gloria, más sentido que los escudrones chúcaros de nuestra América india, gaucha y española.

Conversó uno, una vez, con un señor que había conocido a los gauchos de las comparsas del antiguo Carnaval y a los Juan Moreira de circo. Y dijo el señor, con esa solemnidad que ponen en lo que están diciendo todos los que no saben lo que dicen: «el gaucho no tiene imaginación...». ¿Y la sutileza de la adivinanza y las figuras del malambo y la gracia de la mentira criolla, que no se parece a ninguna de las otras mentiras famosas del mundo que son la andaluza, la portuguesa y la gascona? ¿Y el cielito patrio, la endecha amorosa y el truco cantado? Si muchos escritores tuvieran el ingenio del gaucho podrían producir cosas mejores, pero si el gaucho tuviera las rodillas de cualquier escritor se le resbalaría el caballo de entre las piernas. Claro que se va. Se va yendo así como vio ir Güiraldes a Segundo Sombra. Como quien se desangra. Abriendo un poco la mano sobre el cabo del rebenque para dar el lonjazo. Perdiéndose en la pampa de a poco. Desapareciendo en esa lejanía que fue suya. Achicándose, como si lo fueran recortando de abajo. Hacerles una visita a las casas amigas es pasar un rato inolvidable. Antes se decía: «ave María». Y llegaba de adentro: «sin pecao...». Ahora se dice: «Güenas...». Y, de adentro: «abájese nomá y dentre...». Guau, guau, guau: los perros. Vienen toreando, pero se hacen amigos enseguida. Y hablando de perros –iel gaucho no tiene

imaginación!—, una vez, en un rancho de Entre Ríos, oyó una esta reflexión de un paisano. Había un perro grandote en el rancho y el forastero que llegó traía un perro chiquito —cuzcos que les dicen—. Chiquito y compadre. Y el perro grande, quieto. Ni se molestaba. Y de repente el paisano dirigiéndose al perro le dijo, en tono de consejo: «No le andes amolando la pacencia. Mirá que se va a levantar y te va a estropear la ropa». ¡Y cuando aprenden una palabra difícil, amigos! ¡Cómo están deseando aplicarla para ornamentar la conversación! Uno ha oído decir lo siguiente: «¡Había llovido tanto, que loj ánimo quedaron hechos una insinificaaaaaaacia!». Y una vez que un paisano acomodado había convidado a comer al juez y el juez demoraba en llegar al asado a punto, el paisano mandó al gurí al juzgado: «Vaya, mi hijo, vaya, muévase. Vaya y dígame al juez que yo mando decir si va a venir o *viceversa*».

Pero una de las cosas más graciosas que uno ha oído la oyó un amigo que

tenía una pequeña estancia. Una estancia pobre. Un día mandó al gurí en su petisa tuerta y dijo: «¡Biera bisto!». «¿Qué pasó?», le preguntó mi amigo. Y dijo el gurí, muy mentiroso: «Como la petisa agarra siempre p'al lao que ve, veníamos por la orilla el camino y iun redepente sale un culebrón, que sin dudamente noj estaba aguaitando! Pero yo tanto lo intiqué, tanto lo intiqué que lo hice juir...». Y entonces mi amigo le preguntó al chico: «Pero ¿qué quiere decir *intiqué*?». Y le contestó orgulloso: «Ah, mire, patrón, esas son palabras testuales». Pero —¿se acuerdan?— Juan Sin Ropa le ganó la payada a Santos Vega y... Santos Vega se va... ya es un puntito negro apenas, allá lejos, donde gracias a Dios, todavía se juntan la pampa y el cielo.

Wimpi (Arthur N. García)

● Extracto de un artículo publicado en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, 1986, pp. 73-74.

BREVES + BREVES



Para darle a un perro una pildora y que no la escupa, aplique una ligera presión en la parte trasera de la quijada, forzando los labios contra los dientes. Sostenga la pildora entre los dedos índice y medio de la mano derecha, listo para introducirla en la boca. Cuando el perro abra las mandíbulas, inserte la pildora y empujela tan atrás como sea posible hacia la base de la lengua. Una vez que la pildora llega a ese lugar el esófago del perro automáticamente se traga la pildora y el animal no se atraganta. Si el perro no quiere tragarse la pildora, dele masaje en la garganta por algunos segundos en dirección descendente.

Para hacer que trague medicinas líquidas, simplemente forme un embudo con su labio inferior.

FEDERICO GARCÍA LORCA EN MONTEVIDEO

La visita de Federico García Lorca a nuestra capital fue uno de los mejores recuerdos que conservamos de hace medio siglo. Lo conocimos en los últimos meses del año 1933. Fue nuestra querida amiga la primera actriz señora Eva Franco quien, una noche, nos lo presentó en el teatro de la Comedia de la ciudad bonaerense, al finalizar el ensayo de la obra de Lope de Vega *La niña boba*, que para esa intérprete había adaptado —y dirigido los ensayos— el poeta García Lorca. Para completar el clima ambiental de la pieza, el teatro había sido transformado en una sugestiva reconstrucción del famoso Corral de la Pacheca madrileño.

En aquel momento, era director de la compañía Eva Franco nuestro viejo compañero de tantas jornadas teatrales Carlos Calderón de la Barca, que sería en el año 1947 el primer director escénico de nuestra Comedia Nacional.

Desde aquella noche en que lo conocimos, Federico García Lorca nos produjo una impresión que no se desdibujó nunca: un muchacho grande y genial, radiante de simpatía y con desbordantes emoción y calor humano. En pocas palabras, un par de brazos abiertos a la amistad.

En otra ocasión, a fines de diciembre, nos encontramos nuevamente en el teatro Nuevo de Buenos Aires con motivo del estreno del drama de Justino Zavala Muniz *La cruz de los caminos*, que el público de Montevideo había aplaudido en el teatro Urquiza meses antes.

García Lorca había concurrido al estreno de nuestro compatriota, y después de la representación fuimos a un café que había junto al teatro en la calle



Margarita Xirgu y Federico García Lorca cuando el estreno de *Yerma* en el teatro Español de Madrid, en el año 1934. Eran horas de triunfo y de gloria del teatro castellano, que no podían hacer suponer el cercano destino que esperaba a estas grandes figuras: para el poeta, la muerte; para la intérprete, la expatriación hasta el día en que su vida se apagó en nuestra tierra.

Corrientes. Fue aquella una noche de muchas emociones que compartimos junto a amigos entrañables como Justino Zavala Muniz, Pedro E. Pico, Rodolfo González Pacheco, Jacobo de Diego, Edmundo Guibourg, Samuel Eichelbaum, César Tiempo y otros. Una mesa fraterna que se prolongó hasta avanzada la madrugada y en la que Federico hizo el gasto mayor, con su verba siempre inspirada y florida. Otra de las madrugadas felices de viejos tiempos que animaban al teatro nacional rioplatense.

Federico García Lorca había llegado a Buenos Aires a mediados de octubre de 1933 invitado por la actriz Lola Membrives

para asistir a las representaciones de su obra *Bodas de sangre*, que repetía en la capital porteña el gran suceso que había logrado en la madre patria, a tal punto que el elenco debió prolongar su actuación más de lo previsto, lo que impidió su traslado a Montevideo.

Por ese motivo, al no poder venir a nuestra capital con la señora Membrives y al tener que regresar a España para dirigir con Margarita Xirgu su última obra, *Yerma*, fue que Federico decidió trasladarse a Montevideo, «donde me esperan viejos y nuevos amigos».

Llegó la mañana del martes 30 de enero de 1934 –hace medio siglo– en el vapor de la carrera, acompañado por el empresario D. Juan Reforzo, marido de Lola Membrives, actriz que no disimulaba su afán de *acaparar en exclusividad* al gran poeta que, en pocos años, se había convertido en el gran dramaturgo de habla hispana.

Aquella mañana estaban en el puerto esperando al autor de *Mariana Pineda* el embajador de la República Española, don Enrique Díez Cañedo, quien por encima de sus méritos diplomáticos ostentaba sólidos prestigios como crítico y escritor; junto a él se encontraban el cónsul general y amigo personal de García Lorca, señor D. José M. Mora Guarnido, los escritores doctor Emilio Oribe y Enrique Amorim y el empresario señor Messutti. Pocas horas después, ya en tierra nuestra, el poeta del *Romancero gitano* se vio rodeado por los *viejos* y *nuevos* amigos, altas figuras de nuestras letras como Juana de Ibarbourou, Esther de Cáceres, Carlos Sabat Ercasty, Carlos Rodríguez Pintos, Paco Espínola, Carlos Reyles, Juvenal Ortiz Saralegui, Emilio Carlos Tacconi, Julio J. Casal, Alfredo Mario Ferreiro y otros que

brindaron al escritor granadino largas jornadas de cálida camaradería.

La sola mención de los nombres citados justifica los felices días que esperaban a García Lorca en Montevideo; aunque aceptaba resignadamente los homenajes oficiales y protocolares, no ocultaba su alegría cuando recuperaba las mesas de sus amigos para disfrutar de la discusión que surgía en las distintas peñas, inolvidables charlas en el viejo Tupí Nambá, adonde llegaba casi diariamente desde su residencia en Carrasco.

Ansiaba conocer lo nuestro en todos sus aspectos, y no olvidamos la noche en que Enrique Amorim y Alfredo Mario Ferreiro le organizaron una fiesta de típico *candombe* para satisfacer su deseo de conocer el folclore negro. Allí demostró Federico, con emocionante inocencia, sus preferencias por los típicos tambores, que disfrutó como un niño... como el tierno niño que era.

Desde luego, la presencia en Montevideo fue muy bien aprovechada por el empresario Reforzo, que, al advertir que Federico se había convertido en nuestra ciudad en el *hombre del día*, concertó con su colega montevideano señor Messutti la realización de un ciclo de conferencias que, a sala desbordante, se cumplió en el teatro 18 de Julio.

¿Condiciones? Federico García Lorca no era hombre de discutir números. No olvidemos que una vez dijo con su muy buen humor de siempre: «Si yo no sé ni cuántos poemas tengo».

Al convenirse las conferencias, señaló una exigencia: «Que la última sea a puertas abiertas, sin cobrar entrada y dedicada a los estudiantes».

La primera de sus charlas la cumplió el día 6 de febrero, y fue su tema «Juego

y teoría del duende», y recitó a pedido del público «Romance de la luna, luna...».

La segunda se verificó el día 9, con el tema «Cómo canta una ciudad de noviembre a noviembre», y recitó al finalizar –como él sabía hacerlo– varios versos de sus *Cantares*; y la tercera y última, que se refirió a «Nueva York y su barrio negro de Harlem», se realizó el día 14; el acto terminó con el recitado de varios versos de sus *Cantares* y de su *Romancero*.

Fue aquella tarde del 14 de febrero de 1934 cuando nuestro pueblo oyó por última vez la lírica voz de Federico García Lorca, quien dos días después, acompañado por una caravana de amigos y admiradores, se trasladó al puerto para emprender su regreso a Buenos Aires.

Y de la capital bonaerense partió, a mediados de mayo, rumbo a España, donde lo esperaba Margarita Xirgu –la gran actriz que estrenara casi todas sus obras– para ofrecer al público de Barcelona la primicia de *Yerma*.

Después... su historia se cumple con horas de gloria, de misterio y de sangre.

Al año siguiente –1935– estrena Margarita Xirgu *Doña Rosita la soltera*. Y se repiten, en toda España, días y noches de triunfos.

Invitados por el gran dramaturgo siciliano Luigi Pirandello para actuar en Roma, aceptan emocionados la invitación. Pero... cuando iban a emprender el viaje, llega a Madrid la noticia de la invasión de Etiopía, motivo suficiente para que Margarita y Federico desistieran de su compromiso para actuar en Italia.

Nubes de guerra ensombrecen el cielo de Europa.

Margarita Xirgu acepta una proposición para cumplir una gira por América.

Las actuaciones se cumplirán sobre la base de los nuevos éxitos del autor de *La zapatera prodigiosa*. Federico acepta con entusiasmo la idea de compartir el viaje.

Cuando todo estaba ya dispuesto para la partida, Federico comunica a Margarita que, momentáneamente, no puede alejarse de España. Se lo comunica por escrito. Y lo hace enviándole unas flores y un verso. Un verso, que dice:

A Margarita

Si me voy, te quiero más;
si me quedo, igual te quiero.
Tu corazón es mi casa
y mi corazón tu huerto.
Yo tengo cuatro palomas,
cuatro palomitas tengo.
Mi corazón es tu casa...
¡y tu corazón, mi huerto!

Se despidió de la gran actriz que había estrenado su primera y su última obra con la promesa de reincorporarse en América a mediados de año.

Pero a mediados de año –en julio– estalla el movimiento revolucionario contra la República, y pocas semanas después una noticia que nadie podía creer: en el amanecer del día 19 de agosto Federico García Lorca –la más alta voz lírica y dramática de España– había sido ejecutado en Viznar, Granada.

Tenía treinta y siete años.

Otro gran poeta muerto en el exilio, Antonio Machado, desgarrándose en su alma, muy bien lo dijo:

«El crimen fue en Granada, en su Granada...».

Ángel Curotto

● Publicado en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, 1984, pp. 84-86.

EL 80.º ANIVERSARIO DEL ALMANAQUE DEL BSE

Sus inicios. El primer número apareció en 1914. Indudablemente, la iniciativa estaba pensada mirando hacia la campaña. Y no solamente en el área de los seguros, sino también en crear un elemento de amplia difusión de los temas del agro y la pecuaria, con todo lo que les es afín, englobando la actividad del hombre de campo en todas sus múltiples facetas.

La novedad la constituía el hecho de que el Banco de Seguros del Estado, por disposición de la ley de su creación de diciembre de 1911, cubría todos los riesgos en rubros tradicionales, pero la institución estaba dispuesta a actuar activamente en el ámbito de la campaña. Y con seguros específicos que prácticamente no existían en las aseguradoras privadas.

La publicación nacida en el ya lejano 1914 mostraba una ahora olvidada particularidad. Y lo era su nombre: *Almanaque del labrador y ganadero*, según rezaba el cabezal de la carátula, con el agregado de «Publicado por el Banco de Seguros del Estado - Montevideo - Uruguay».

Y así por 19 años se lo conoció en el país, y muy especialmente en el interior, donde el *Almanaque* tuvo enorme difusión.

Se inicia otra etapa. Con la edición de 1933 fenecía una etapa. En el número del año siguiente podía leerse en la carátula: *Banco de Seguros del Estado - Almanaque de 1934*. Con ese nombre llegó hasta cumplir su octogésimo aniversario aquel anuario que había surgido con la finalidad de prestar utilidad efectiva al hombre de campo, y que muy pronto fue sumando

secciones diversas con temas de carácter más general que le fueron dando un nuevo interés. Continuaba brindando orientación técnica y especializada «al labrador y ganadero», como se había anunciado al comenzar su publicación, pero finalmente vino a resultar, al pasar de las 153 páginas de su primer número al libro actual, en una especie de revista de enorme interés en el interior, que con la suma de temas y la valía de las colaboraciones era un importante elemento de difusión cultural en la campaña para el hombre, la mujer y los niños sin distingo de edades.

A partir de la década de 1920, el *Almanaque* hizo el gran aporte cultural a la aislada familia de nuestra campaña, especialmente en tiempos en que se desconocían en el mundo los sistemas de comunicación actuales.

En el curso de esta evocación de 80.º aniversario, nos proponemos destacar, naturalmente con las limitaciones de espacio que son impuestas, a grandes rasgos la trayectoria del *Almanaque*, señalar el aumento del número de colaboradores, todos ellos prestigiosos, la ampliación de la participación de especialistas, sobre todo en la temática rural, sector al que, como quisieron los iniciadores, estaba fundamentalmente dedicado.

En materia de publicidad, en los comienzos era muy reducida. Se destacaba como la más llamativa la de aquella tienda London París, que sin duda fue la mayor que existió en el Uruguay, fundada en 1905. El London París (con casa de compras en París y Londres, como se mencionaba en el

aviso) tuvo en su actuación algo que la vinculaba intensamente con la campaña: su catálogo bianual, ilustrado y con un sistema que hizo posible las compras por correspondencia en aquella enorme tienda hace años desaparecida. Otros de los primeros anuncios fueron los de la Compañía Hamburguesa de Transatlánticos a Vapor, los automóviles de la desaparecida marca Velmorel y tres o cuatro avisos más.

Su evolución histórica. Vamos a hacer un mínimo recorrido histórico, como lo amerita la edad que ha alcanzado el *Almanaque*.

Como no podía ser de otra manera, los cambios en el *Almanaque* fueron profundos. Acompañó la modernización en el estilo y en la impresión que tanto han avanzado en la industria gráfica en ese lapso de tres cuartos de siglo. Las pocas fotos en blanco y negro son ahora la mejor expresión de la alta técnica. Las ilustraciones proliferaron hasta ser hoy una parte importantísima en el conjunto del material artístico.

Antaño, solo las carátulas eran a color; ahora, como toda la obra gráfica, usa el multicolor y la impresión es impecable, en papel ilustración. De las 153 páginas de otrora, el volumen actual pasa las 300, tras pasar en ciertas ediciones las 600 páginas. El tiraje abarca a un alto porcentaje de la población del campo y tiene importante difusión en la capital.

Se sucedieron las transformaciones. En los viejos tiempos, se iniciaba con el santoral de varias páginas. Y en los comienzos y durante bastantes años, no aparecían referencias a la actividad del banco, excepto la mención —que no podía llamarse propaganda— al seguro

en campaña. Intrínsecamente del banco, solo dos informaciones: la dirección en Misiones n.º 1371 y la constancia de que su capital era de \$ 3.000.000 —moneda nacional oro—. Recién en la edición de 1930 encontramos la información de cómo estaba integrado el directorio, y en la edición de 1935 figuran, junto a los nombres, las fotografías del presidente y los vocales y el nombre del gerente. Transcurrieron años antes de que en el *Almanaque* figuraran los agentes del interior. Y tampoco se hacía por aquellos años una agresiva propaganda como siempre se estiló en la actividad comercial, mercantil, industrial y bancaria. Era una mención un tanto genérica, se destacaba con sobriedad la conveniencia de asegurarse, una propaganda casi indirecta o al menos poco incentivada. Da la impresión de que se sentía cierto rubor en exagerar la publicidad, quizá por la calidad de institución oficial.

El Almanaque y sus colaboradores.

Queremos recordar los andariveles por los que marchaba en los viejos tiempos el *Almanaque*. Demoró mucho en lucir el sumario, y todavía por 1920 los temas tratados eran de exclusivo carácter rural. Comenzaron a aparecer los artículos literarios en esa época, pero no había, por lo general, más de dos de esa índole. Uno de los primeros fue de Víctor Hugo, «La vida». Javier de Viana publicó «La embrujada» en 1921. Aquella edición fue muy variada: el científico Luis Morandi escribía sobre «Manera fácil de obtener el mediodía en parajes donde no existe hora oficial»; una extensa nota del sabio doctor Alberto Boerger, creador del semillero de La Estanzuela; un artículo del pionero forestal D. Miguel Jaureguiberry

al que se le debe el parque Andresito en La Paloma; otro de L. J. Larson sobre la industria lechera nacional. Figuran la relación de oficinas públicas cuyas direcciones interesan al hombre de campo; una nota del experto D. Domingo Basso; el tema sobre prenda agraria; seguro de incendio para comercios de campaña. Y dos novedades, el seguro de trilladoras y otro más raro, el de automóviles, cuando en *todo* el país habían empadronadas menos de mil unidades. En 1922, se añade lo de seguros de ganado de pedigrí. En la edición siguiente, entre el material estaban «Montes de abrigo», del forestador Jaureguiberry, y un resumen estadístico del seguro contra granizo. En 1925, en una especie de editorial, el tema «Cultivo único, pobreza eterna», explicación del seguro dotal para niños; instrucciones para caso de ahogados y su auxilio, y recomendaciones sobre modelos de forestación, y en la parte literaria la narración de Javier de Viana «En el camino se hacen bueyes». En 1927 «Los suelos del Uruguay: su clasificación», un trabajo del astrónomo Hamlet Bazzano, «Problemas de la atmósfera»; un ensayo de diccionario ganadero y, en literarias, dos firmas uruguayas, de Javier de Viana «En algo donde recostarse» y de Carlos Astigarraga «El casamiento».

El *Almanaque* de 1928, entre varios trabajos, contenía el calendario astronómico y el agronómico. Y las cooperativas agrícolas. En 1929, el conocido hombre público, abogado y químico D. Domingo Arena hacía un estudio sobre «La poda de árboles frutales», sin duda basado en sus experiencias en la famosa quinta de Piedras Blancas.

Horacio Sánchez Rogé escribía sobre nuestra producción lanera; se trataba el

tema «Los vinos», incluyendo la plantación de vides y la elaboración. El experto productor del ramo Jaime Molina escribía sobre organización lechera en las chacras. El aporte en literarias estaba a cargo del poeta y periodista Agustín Smith con su cuento «Sin brújula».

Así llegamos al centenario de la Independencia en 1930. Cuando entre 1933 y 1934 el *Almanaque* cambió de nombre, ya tenía muchos colaboradores, docenas de escritores, poetas, críticos, artistas, historiadores, y también, como correspondía, era abundante el tratamiento de todos los temas rurales, eran docenas y docenas los técnicos, investigadores y expertos que escribían, continuamente con diagramas, estadigrafías, dibujos debidos a *lápices* calificados, infinidad de grabados multicolor. Dudamos de que a lo largo de esos 80 años algún tema, aun de los que parecen secundarios, referidos al hombre de campo y su entorno haya estado ausente de la cantidad enorme de trabajos publicados en la larga existencia del *Almanaque*.

Se pueden calcular en la cantidad aproximada de 3.500 esos trabajos publicados a lo largo de los 80 años que hoy recordamos.

El archivo que representa esos 80 libros constituye un acervo difícil de ser superado por las publicaciones periódicas que han existido entre nosotros.

En esta última década es la publicación nacional periódico-cultural de mayor tiraje en su categoría.

Juan Carlos Pedemonte

● Publicado en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, 1994, pp. 114-117.

MONTEVIDEO A TRAVÉS DE LA ESTADÍSTICA MUNICIPAL

La ciudad de Montevideo, capital de la República Oriental del Uruguay, fue fundada en 1726. El último censo le asigna 662.000 habitantes. El perímetro de la ciudad encierra una superficie de 4.000 ha. Cuenta con 1.823 calles, avenidas, ramblas y bulevares y alrededor de 75.000 edificios.

Hoteles. Montevideo cuenta con 55 hoteles, 75 pensiones y 90 restaurantes.

Teatros, biógrafos, etc. 6 teatros, 80 cinematógrafos, 4 salas de conciertos y 1 hipódromo funcionan en la ciudad.

Bibliotecas. Las bibliotecas son 11, con un total de 575.231 volúmenes. A estos establecimientos concurren anualmente 200.000 lectores.

Museos. 6 son los museos públicos de la capital: de Bellas Artes, Histórico, de Historia Natural, Pedagógico, Municipal de Bellas Artes e Histórico Municipal.

Radiodifusión. Funcionan en Montevideo 22 estaciones radiodifusoras, de las cuales 2 son oficiales y 20 particulares.

Deportes. Existen 14 asociaciones o federaciones deportivas, con 483 clubes y millares de deportistas afiliados. Solo la Asociación de Fútbol Profesional tiene 2.000 jugadores en actividad y 16.464 registrados. Montevideo cuenta con un estadio con capacidad para 80.000 personas y 60 campos de juego para el fútbol, y a los partidos de este deporte concurren anualmente 1.000.000 de espectadores.

Enseñanza. Tiene la capital una universidad integrada por las siguientes facul-

tades: Derecho y Ciencias Sociales, Medicina, Química y Farmacia, Odontología, Ingeniería y Ramas Anexas, Arquitectura, Agronomía y Veterinaria. Además funciona una Escuela Superior de Comercio y otra de Parteras. A esos centros de enseñanza asisten 2.000 estudiantes.

Asistencia. Asciende a 20 el número de hospitales, asilos y casas de salud dependientes del Estado, y a 3 el de particulares que funcionan en Montevideo, en cuyos establecimientos se presta asistencia mensualmente a cerca de 14.000 enfermos. El Servicio de Primeros Auxilios atiende anualmente a 90.000 personas, de cuya cifra 60.000 corresponden a llamados de urgencia.

Puerto. Anualmente entran y salen del puerto de Montevideo alrededor de 8.000 vapores y veleros con un tonelaje aproximado de 21.574.000. En los últimos años la importación de mercaderías ha estado representada por 1.382.074 t y un valor de \$ 49.000.000, y la exportación por 454.768 t y \$ 47.000.000 de valor. El movimiento de pasajeros acusa las siguientes cifras: entradas 96.830; salidas 87.119.

Bancos. Cuenta Montevideo con 20 bancos, de los cuales 3 son del Estado, 9 uruguayos y 8 extranjeros. El capital realizado por estas instituciones de crédito llega a la suma de \$ 57.770.000, y el fondo de reservas y previsión a \$ 33.773.000.

● Extracto de un artículo publicado en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, 1936, pp. 15-19.